Un legado ignorado: la lingüística española en Filipinas

La contribución española a la ciencia (botánica, zoología, geología) a través de la experiencia colonial filipina es un capítulo de la historia prácticamente inédito. En el caso de la lingüística, la ingente cantidad de gramáticas y diccionarios redactadas por misioneros españoles entre los siglos XVII y XIX[1] constituye un legado intelectual que apenas ha empezado a ser valorado en España[2] y que sigue siendo ignorado en la tipología lingüística y la lingüística comparada, áreas de conocimiento paradójicamente monolingües, donde se omiten y desaprovechan las valiosas contribuciones de la lingüística colonial española y portuguesa. Así, Merrit Ruhlen afirma que el pionero de la clasificación de la lenguas austronesias es el español Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809) en su *Catálogo delle lingue* (1784), y comenta que las similitudes entre las lenguas malayo-polinesias fueron primeramente percibidas y comentadas por viajeros y exploradores ingleses a lo largo del siglo XVIII, ignorando así que el monumental trabajo de Hervás habría sido imposible sin la producción de gramáticas en el archipiélago magallánico desde finales del siglo

1 Durante el siglo XIX también fueron realizadas algunas obras lingüísticas por personal civil.

2 Me refiero fundamentalmente a las monografías de Joaquín Sueiro Justel: Historia de la lingüística española en Filipinas (1580-1898), Lugo: Axac, 2007; La enseñanza de idiomas en Filipinas (siglos XVI-XIX), A Coruña: Toxosoutos, 2002, y la obra de Joaquín García-Medall: Vocabularios hispano-asiáticos: traducción y contacto intercultural, Soria: Diputación Provincial, 2009, así como su artículo: "La traducción codificada: las artes y vocabularios hispano-filipinos (1610-1910), Herm⊠neus. Revista de traducción e interpretación, 9, 2007, pp. 1-21. Fuera de España, los periódicos congresos internacionales de una nueva y prometedora disciplina, la Lingüística Misionera, están dedicando especial atención a la producción lingüística de los misioneros españoles en Filipinas.

JORGE MOJARRO ROMERO

(Huelva, 1980). Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla (2003). DEA en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca (2009). Ha publicado artículos acerca de las vanguardias hispanas en revistas especializadas de Europa y América y ha participado en varios congresos internacionales. Actualmente realiza una tesis doctoral acerca de la literatura hispanofilipina colonial.

XV.[3] La omisión y la dejadez son persistentes en trabajos más recientes,[4] aunque no afecta curiosamente a trabajos escritos primarios o secundarios en inglés. La obra de estos misioneros lingüistas supone, en primer lugar, una aportación a la ciencia en cuanto a que abrieron un camino a los estudios contrastivos y tipológicos que debe ser revisado, considerado en los estudios presentes y valorado justamente.

El carácter pionero de estas gramáticas y vocabularios, verdaderos precedentes del trabajo lingüístico de campo o *linguistic fieldwork*, es incuestionable. Las primeras reflexiones acerca de la sistematización y formalización de lenguas se encuentran en esas obras. Lejos de proceder de un modo rudimentario, los autores de estas "artes" eran hombres instruidos de cultura renacentista que procedieron mediante criterios filológicos modernos y pusieron en la construcción y el análisis de sus obras un empeño y una meticulosidad sorprendentes, atendieron a la corrección y a las variedades del habla con amplitud de miras, y redujeron las lenguas indígenas desde la oralidad en medio de una precariedad instrumental absoluta. Mientras que los lingüistas y antropólogos de hoy narran las enormes dificultades y carencias de todo tipo que conlleva el trabajo de campo para documentar una lengua, a pesar de los sofisticados equipos tecnológicos y los programas informáticos con los que investigan y las comodidades en el alojamiento y el transporte,[5] la obra lingüística de un Francisco López o un Alonso de Méntrida, producida en medio de carencias y con la sola ayuda de su voluntad intelectual, aun con sus eventuales errores e imperfecciones, sólo puede provocar admiración y respeto.

Para confeccionar sus obras, los misioneros contaban con algunos precedentes en Europa y América y tuvieron en mente las obras de otros dos pioneros: las *Introductiones Latinas* (1481) y la *Gramática Castellana* (1492) de Elio Antonio de Nebrija (1441-1522), a quien citan en repetidas ocasiones, y fray Alonso de Molina (1513-1571), autor del exhaustivo *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* (1571). Sin embargo, no dudaron en desviarse del método seguido por sus modelos cuando veían que la lengua no se ajustaba a estructuras existentes en el latín. Avanzando en el tiempo, los misioneros se basaron en las obras procedentes de sus compañeros, sobre todo si formaban parte de la misma orden.

Francisco Blancas de San José publicó en 1610 la primera gramática del tagalo[6] –y Pedro de San Buenaventura la segunda ya en 1613-, la primera gramática del pampangueño la imprimió Francisco Coronel en 1621, la del ilocano Francisco López en 1628, la del cebuano Alonso de Méntrida en 1637, la del pangasinán Andres López en 1690, la del bicolano Marcos de Lisboa en 1754 y la del ibanag José María Fausto de Cuevas en 1824.[7] La producción de gramáticas y vocabularios –que no hemos citado- se multiplica exponencialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX hasta 1898. En cualquier caso, las fechas indican dos detalles significativos que no deberían pasarse por alto: en primer lugar, que las más importantes lenguas filipinas gozaron del prestigio de tener su gramática antes o a la par que la mayoría de lenguas europeas; en segundo lugar, y más importante, el hecho de que los misioneros se lanzaran a la sistematización y aprendizaje de estas lenguas con el propósito de expandir la cristiandad indica una aceptación de la dignidad, igualdad y validez de las lenguas filipinas con respecto a las europeas, hecho realmente admirable desde la perspectiva histórica si lo comparamos con la xenofobia lingüística que ha caracterizado a empresas coloniales más recientes, como la inglesa y, sobre todo, la francesa.[8] Salvo alguna contada excepción,[9] los

3 Merrit Ruhlen: A Guide to the World's Languages. Volume 1: Classification, Stanford: Stanford University Press, 1991.

4 Por ejemplo, en Adelaar, K. & Himmelanm N.K.: The Austronesian Languages of Asia and Madagascar, London: Routledge, 2005, p. 75, se afirma que la mayoría de los trabajos lingüísticos se hicieron en torno al tagalo, cuando el recuento de Suiero (2007: 174) es favorable al cebuano.

5 Véase al respecto la ilustrativa y divertidísima biografía profesional de lingüista australiano R.M.W. Dixon, experto en la documentación de lenguas en peligro de extinción: Searching for aboriginal languages, Chicago: The University of Chicago Press, 1989.

6 Que fuera la primera publicada en una imprenta, no significa que no circularan otras manuscritas. Nos consta a través de diversas referencias que los padres Martín de Rada (1533-1578), Juan de Quiñones (1551-1587), Agustín de Albuquerque (¿?-1581), Juan de Plasencia (¿?-1590) y muchos otros produjeron obras lingüísticas que no nos han llegado y que nos demuestran la inmediatez con que los frailes comenzaron a estudiar las lenguas de Filipinas. Cf. Joaquín Suero Justel: Historia... Op.cit., pp. 77-87.

7 El lector curioso o el investigador puede acceder a una gran número de estas obras en Regalado Trota, José (ed.): Obras Clásicas de las Lenguas Indígenas de Filipinas, Madrid: Fundación Tavera-Mapfre, 1998. (En CD).

8 Véase al respecto las documentadas denuncias de Louis-Jean Calvet en su Colonialismo y glotofagia, México: FCE, 2005.

9 Me refiero a los comentarios peyorativos en la introducción al Arte de la lengua tagala (1745), de Sebastián de Totanes.

comentarios de los misioneros y cronistas españoles insisten en la riqueza, la belleza, la gracia o la flexibilidad de las lenguas del archipiélago. Antonio de Morga, que, por cierto, no tenía intereses religiosos, no duda en afirmar que los tagalos "tienen su lengua muy abundante y copiosa, con que se dice por muchas vías y maneras, con elegancia, todo lo que se quiere y no dificultosa de aprender ni de pronunciar";[10] el padre Chirino va más lejos aún y halla en la lengua tagala "cuatro calidades, de las cuatro mejores lenguas del mundo: Hebrea, Griega, Latina y Española. De la Hebrea, los misterios y preñeces. De la Griega, los artículos, y distinción, no sólo en los nombres apelativos, mas también los propios. De la Latina, la copia y elegancia. De la Española, la buena crianza, comedimiento y cortesía."[11] En las introducciones a sus "artes", los comentarios referentes a lengua sistematizada se refieren siempre a ellas en términos similares. Así mismo, inciden en aspectos de la lingüística inexplorados hasta entonces, anticipando la concepción humboldtiana de la lengua como "visión del mundo", preanunciando la dialectología, al comentar las variantes geográficas, las similitudes y las diferencias parciales de las lenguas del archipiélago, o planteando problemas de la teoría de la traducción, cuando comentan las dificultades concernientes a la intraducibilidad de ciertos conceptos del español o viceversa.

Sus obras también constituyen documentos históricos de valor antropológico. Los diccionarios o vocabularios presentan y explican términos y conceptos referentes a creencias, costumbres, fiestas, remedios medicinales, divisiones sociales o clasificaciones de la realidad que ya han desaparecido y pueden dar luz sobre muchos detalles que nos permitan reconstruir el modo de vida de ciertas comunidades lingüísticas en el periodo prehispánico.

Aún más sorprendente es su aportación desde el punto de vista de la didáctica, pues plantean por primera vez una problemática referente al aprendizaje de lenguas que puede sonar familiar a los docentes de lenguas extranjeras de hoy: método gramatical frente a método no gramatical. Joaquín Suero Justel, profesor de la universidad de Vigo, demuestra que ya entonces aquellos misioneros lingüistas incidieron en las insuficiencias del método gramatical, presentaron la necesidad del aprendizaje oral en contacto con los hablantes nativos y se esforzaban por incorporar y superar métodos gramaticales anteriores.[12]

La recuperación y el estudio crítico de los trabajos lingüísticos más importantes del período colonial, siguiendo el modelo de Antonio Quilis con la reedición de la gramática de la lengua tagala,[13] sería hacer justicia a un cúmulo de obras de gran valor que, con contadas excepciones, permanece en un olvido inmerecido y no participa de las investigaciones lingüísticas de hoy. Como fuentes de conocimiento de las más diversas áreas, la edición crítica y comentada de estas 'artes' y 'vocabularios' se impone como una labor necesaria que pondría de relieve un trabajo de innegable mérito que sea aprovechado por las más diversas disciplinas científicas y humanísticas.

10 Antonio de Morga: Sucesos de las Islas Filipinas (1609), ed. de Francisca Perujo, México: FCE, 2007.

11 Pedro Chirino, SJ: Relación de las Islas Filipinas (trad. de Ramón Echevarría), Manila: Historical Conservation Society, 1969.

12 Joaquín Sueiro Justel: La enseñanza de idiomas en Filipinas (siglos XVI-XIX), A Coruña: Toxosoutos, 2002.

13 Blancas de San José, Francisco: Arte y reglas de la lengua tagala (ed. de Antonio Quilis), Madrid: Cultura Hispánica, 1997, 2 vol. Así mismo, debemos señalar otras valiosas recuperaciones: Francisco López (OSA): Arte de la lengua iloca, (estudio de J. García Medall), Madrid: AECI, 2009, 2 v.; Alonso de Méntrida (OSA): Vocabulario de la lengua bisaya, hiligueina y haraya de la lengua de Panay y Sugbú y para las demás islas, Tordesillas: Universidad de Valladolid, 2004; Pedro de San Buenaventura (OFM): Vocabulario de la lengua tagala, Valencia: Librerías París-Valencia, 1994.